ETC.
Investigación y reportajes
Página/12



PSICOANALISIS

UN ASALTO A LA RAZON

Buenos Aires es considerada una capital del psicoanálisis, a tal punto que ciertos profesionales franceses se disputan este mercado como parámetro de su prestigio. Sin embargo, los pacientes regatean el precio de la sesión y los terapeutas afirman que ya no ganan como antes.

Por Adriana Schettini

El sueldo no me alcanza para llegar a fin de mes. Se lo voy a tener que plantear a mi analista: ''Doctor, voy a tener que tomar una sola sesión por semana'', ensaya para sí mismo el paciente.

–Ya empezamos con la resistencia, –se responde creyendo interpretar la posible reacción del terapeuta.

–Es que si sigo viniendo dos veces por semana no voy a poder pagar el alquiler y ya debo dos meses de expensas... porque, si la CGT arregla que los cincuenta australes del aguinaldo...

–Aguinaldo, tal vez terminemos analizando qué me evoca la palabra aguinaldo...

En las idas y venidas interpretativas aparece el fantasma del dinero. El tratamiento privado se opone a los salarios congelados, la paranoia no logra hacerse un lugar en los hospitales, el maníaco depresivo deberá cargar su neurosis hasta conseguir un turno con el psicólogo de la obra social o decidirse por la terapia de grupo, que entre otras ventajas, ofrece la de ser más barata.

Las patologías se van modificando con el correr del tiempo. Una histérica ya no sufre, como en los tiempos de Freud, ataques de parálisis repentinos, sino que seduce con sus mejores instintos. La cambiante realidad de las enfermedades ha ido modificando las alternativas para alcanzar la cura, dè allí también que las distintas escuelas propongan diversas lecturas de la relación entre los pacientes, la enfermedad y el costo del tratamiento.

''Buenos Aires tiene hoy, proporcionalmente, más cantidad de analizados que cualquier otra parte del mundo y, sin embargo, esto no contribuye a que la vida porteña sea más placentera'', reflexiona el licenciado José Töpf, titular de las cátedras de Psicología General de la UBA y del Ciclo Básico. ''En otras capitales del mundo donde hay un desarrollo psicoanalítico importante, la recomendación de tratamiento analítico no es tan frecuente como en Buenos Aires'', afirma. ''Es que este hiperdesarrollo de la psicología –razona Töpf– sirve para ocultar falencias como la falta de solidaridad. Es frecuente la situación en que alguien recurre a un amigo en busca de consejo y recibe como respuesta otra pregunta: '*¿Por qué no te analizás?*' Esto puede ser una recomendación adecuada o simplemente una manera de decirle: 'mirá, esto me cansa. Buscáte alguien que te escuche''', concluye Töpf.

Situaciones como éstas se repiten cotidianamente. La realidad económica se acuesta en el diván y el discurso psicoanalítico la interpreta. Es lo que el licenciado Eduardo Laso en su artículo ''Acerca del pago y gratuidad en el análisis'' denomina *la perversión del registro de lo real*.

''Un paciente trae una leucemia –explica Laso– y el analista empieza a simbolizar en términos de que leucemia remite a mala sangre, el paciente se hace mala sangre, etc. Todo es



"Si los psicólogos de todo el país entraran en huelga por tiempo indefinido, de la comunidad no surgiría ninguna voz de protesta, salvo de muy pequeños sectores de clase media-alta y alta de algunas pocas ciudades del país y esto, a condición de que el paro abarcara también los consultorios privados", manifiesta Enrique Saforcada en un trabajo expuesto en el 7º Congreso Argentino de Psicología en la ciudad de Córdoba y publicado en *Gaceta Psicológica* de enero-marzo de 1987.

En el polémico artículo, Saforcada destaca que la cantidad de psicólogos con que cuenta la Argentina, 60.000 profesionales, constituye un caso único en el mundo. Esto implica una relación de un psicoterapeuta cada 500 habitantes. "Pero esta relación es teórica –se apresura a aclarar– ya que la mayoría de los psicólogos está concentrada en los principales centros urbanos del país, lo cual lleva a proporciones que disminuyen aún más el denominador. En cuanto a la labor desarrollada por estos profesionales, "la gran mayoría se ha encaminado a la práctica del psicoanálisis centrada en el consultorio privado". El camino seguido ha sido tan errado que el resultado de treinta años de lanzar

En el grabado de Vierge, tratamiento electrodiagnóstico en la clínica de la Salpêtrière. La pintura de Brouillet que decoraba el consultorio de Freud muestra a Jean-Martin Charcot (1825-1893) examinando un caso ante sus asistentes.

UN ASALTO A LA RAZON



psicologizable, todo es simbolizable, todo es posible: el registro de lo real se pervierte y el analista es omnipotente en su palabra. Hay una realidad no simbolizable –destaca Laso–, no se puede interpretar el complejo de Edipo desde el hambre."

El dinero: punto clave

Hay un punto en el que coinciden psicólogos y psicoanalistas enrolados en distintas escuelas: el dinero constituye, tanto en el orden de lo simbólico como en el de lo real, un punto clave. Y la cuestión se plantea con evidencia en lo relativo a los honorarios del terapeuta. El mismo Freud abordó con inquietud el tema: "El hombre civilizado observa en las cuestiones de dinero la misma conducta que en cuestiones sexuales, procediendo con la misma dualidad, el mismo falso pudor y la misma hipocresía. Por su parte, el analista no está dispuesto a incurrir en iguales vicios, sino a tratar ante el paciente las cuestiones de dinero con la misma sinceridad natural que quiere inculcarle en cuanto a los hechos de la vida sexual, y de este modo le demostrará ya desde un principio haber renunciado él mismo a un falso pudor comunicándole espontáneamente en cuánto estima su tiempo y su trabajo".

Los psicoterapeutas locales estiman actualmente su tiempo y su trabajo en una escala que varía entre los 30 y los 200 australes la sesión que, por lo general, dura cincuenta minutos. El punto de la escala en que cada terapeuta fija su remuneración depende de varios factores. Algunos tienen en cuenta la vieja sentencia freudiana: "La baratura de un tratamiento no contribuye, en modo alguno, a hacerlo más estimable a los enfermos". Para otros cuentan la experiencia profesional, el nivel económico de los pacientes con los que se trabaja y la consabida ley de la oferta y la demanda de la que tampoco escapa la salud mental.

Es común escuchar entre los psicoterapeutas que el psicoanálisis debe representar para el paciente un esfuerzo importante en dinero. "En esto se mezclan cuestiones técnicas con otras de tipo socioeconómico e ideológico", afirma José Töpf. "Los psicoanalistas locales así como los de Estados Unidos –continúa– constituyen un grupo de profesionales muy imbricados en la ideología de la clase media en ascenso y hay una yuxtaposición entre lo que son parámetros estrictamente técnicos y aspiraciones económicas. Si la población sufre de la exclusiva valoración a través del dinero, el terapeuta que se hace eco de este mensaje y valora el tratamiento sólo por el alto costo, contribuye a afianzar una cierta perversión de nuestra cultura", sentencia.

En la misma línea se enrola Ana María Maradei, miembro invitada de la Asociación Psicoanalítica Sueca: "El valor del análisis no consiste sólo en su costo en dinero. En Suecia trabajé con pacientes que no podían afrontar el pago de honorarios y el municipio lo hacía por ellos. La experiencia me indicó que esta gente no descuidaba el tratamiento por no pagar la consulta con sus propios ingresos".

Psicoanálisis: tecnología de punta

El Dr. Blas de Santos, ex secretario general de la Federación Argentina de Psiquiatras y docente del servicio de Psicopatología del policlínico Gregorio Aráoz Alfaro, entiende que "los psicoanalistas representaron en cierto momento una especie de tecnología de punta frente a la medicina tradicional. Eran una suerte de intelectuales o filósofos de la medicina", y con referencia a esa época de auge en el desarrollo del psicoanálisis como tratamiento alternativo, De Santos aclara que "los ingresos eran altos conforme a un ideal de ascenso pequeñoburgués, pero nunca con relación a otras especialidades médicas como la cirugía plástica o la neurocirugía en las que siempre se manejaron valores mucho más altos". A partir de la crisis económica y el aumento de profesionales de la salud mental que se disputan el mercado, la realidad de los psicoterapeutas se tornó más difícil. "Hay un grupo de psicoanalistas –explica Blas de Santos–, minoritario en número, consagrados por su formación teórica y su experiencia, que trabajan a pleno y con buenos ingresos."

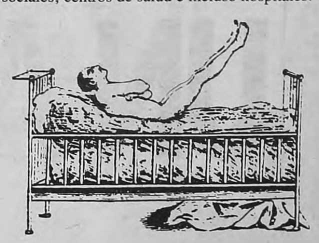
"Por cada uno de esos psicoanalistas –agrega– hay veinte que participan del psicoanálisis en cuanto que estudian, asisten a seminarios, trabajan ad honorem en alguna institución y, eventualmente, atienden uno o dos pacientes privados, pero que se ganan la vida trabajando en oficinas, haciendo traducciones, ejerciendo la docencia o desgrabando material de sesiones de otros terapeutas."

La multiplicación de grupos terapéuticos resulta un fenómeno notable en los últimos tiempos. "Es que la creciente pauperización de las clases medias ha generado una gran desocupación de psicólogos y psicoanalistas" explica Carlos Samojedny, fundador de la Federación de Psicólogos de la República Argentina. "Frente a este fenómeno –aclara– se origina una readecuación de la teoría psicoanalítica clásica haciendo lugar a la psicoterapia de grupo de la cual Freud no habló en ningún momento. El psicoanálisis –que es por definición una psicología individualista– llega a un efecto no deseado: comprueba que el problema psíquico vivenciado en la subjetividad personal no es ajeno a lo que sufre el otro".

El Dr. Gerardo Stein, secretario de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) trabaja en lo que decidió llamar *psicoanálisis compartido*. Esta técnica, según Stein, además de abaratar el costo de las sesiones, tiene sobre el tratamiento individual, dos ventajas estrictamente terapéuticas: el analista que puede escuchar a todos los analizados, recibe una información más rica de cada uno de ellos en la medida en que conoce lo que de ellos opinan otras personas. La segunda ventaja tiene que ver con la interpretación: "En el análisis individual cuando el analista no entiende qué está pasando tiene que recurrir a la supervisión. En el análisis compartido los supervisores están ahí. Cuando el analista no se da cuenta de algo, generalmente algún paciente lo rescata de su ceguera", asegura Stein.

Vade retro, institución

Ante la dura realidad económica de la que tampoco escapan los trabajadores del diván, se plantea la posibilidad de encarar el trabajo psicoanalítico a través de instituciones como obras sociales, centros de salud e incluso hospitales.





UN ASALTO A LA RAZON

psicologizable, todo es simbolizable, todo es posible: el registro de lo real se pervierte y el analista es omnipotente en su palabra. Hay una realidad no simbolizable –destaca Laso–, no se puede interpretar el complejo de Edipo desde el hambre.''

El dinero: punto clave

Hay un punto en el que coinciden psicólogos y psicoanalistas enrolados en distintas escuelas: el dinero constituye, tanto en el orden de lo simbólico como en el de lo real, un punto clave. Y la cuestión se plantea con evidencia en lo relativo a los honorarios del terapeuta. El mismo Freud abordó con inquietud el tema: ''El hombre civilizado observa en las cuestiones de dinero la misma conducta que en cuestiones sexuales, procediendo con la misma dualidad, el mismo falso pudor y la misma hipocresía. Por su parte, el analista no está dispuesto a incurrir en iguales vicios, sino a tratar ante el paciente las cuestiones de dinero con la misma sinceridad natural que quiere inculcarle en cuanto a los hechos de la vida sexual, y de este modo le demostrará ya desde un principio haber renunciado él mismo a un falso pudor comunicándole espontáneamente en cuánto estima su tiempo y su trabajo''.

Los psicoterapeutas locales estiman actualmente su tiempo y su trabajo en una escala que varía entre los 30 y los 200 australes la sesión que, por lo general, dura cincuenta minutos. El punto de la escala en que cada terapeuta fija su remuneración depende de varios factores. Algunos tienen en cuenta la vieja sentencia freudiana: ''La baratura de un tratamiento no contribuye, en modo alguno, a hacerlo más estimable a los enfermos''. Para otros cuentan la experiencia profesional, el nivel económico de los pacientes con los que se trabaja y la consabida ley de la oferta y la demanda de la que tampoco escapa la salud mental.

Es común escuchar entre los psicoterapeutas que el psicoanálisis debe representar para el paciente un esfuerzo importante en dinero. ''En esto se mezclan cuestiones técnicas con otras de tipo socioeconómico e ideológico'', afirma José Töpf. ''Los psicoanalistas locales así como los de Estados Unidos –continúa– constituyen un grupo de profesionales muy imbricados en la ideología de la clase media en ascenso y hay una yuxtaposición entre lo que son parámetros estrictamente técnicos y aspiraciones económicas. Si la población sufre de la exclusiva valoración a través del dinero, el terapeuta que se hace eco de este mensaje y valora el tratamiento sólo por el alto costo, contribuye a afianzar una cierta perversión de nuestra cultura'', sentencia.

En la misma línea se enrola Ana María Maradei, miembro invitada de la Asociación Psicoanalítica Sueca: ''El valor del análisis no consiste sólo en su costo en dinero. En Suecia trabajé con pacientes que no podían afrontar el pago de honorarios y el municipio lo hacía por ellos. La experiencia me indicó que esta gente no descuidaba el tratamiento por no pagar la consulta con sus propios ingresos''.



En el grabado de Vierge, tratamiento electrodiagnóstico en la clínica de la Salpêtrière. La pintura de Brouillet que decoraba el consultorio de Freud muestra a Jean-Martin Charcot (1825-1893) examinando un caso ante sus asistentes.

Psicoanálisis: tecnología de punta

El Dr. Blas de Santos, ex secretario general de la Federación Argentina de Psiquiatras y docente del servicio de Psicopatología del policlínico Gregorio Aráoz Alfaro, entiende que ''los psicoanalistas representaron en cierto momento una especie de tecnología de punta frente a la medicina tradicional. Eran una suerte de intelectuales o filósofos de la medicina'', y con referencia a esa época de auge en el desarrollo del psicoanálisis como tratamiento alternativo, De Santos aclara que ''los ingresos eran altos conforme a un ideal de ascenso pequeñoburgués, pero nunca con relación a otras especialidades médicas como la cirugía plástica o la neurocirugía en las que siempre se manejaron valores mucho más altos''. A partir de la crisis económica y el aumento de profesionales de la salud mental que se disputan el mercado, la realidad de los psicoterapeutas se tornó más difícil. ''Hay un grupo de psicoanalistas –explica Blas de Santos–, minoritario en número, consagrados por su formación teórica y su experiencia, que trabajan a pleno y con buenos ingresos.''

''Por cada uno de esos psicoanalistas –agrega– hay veinte que participan del psicoanálisis en cuanto que estudian, asisten a seminarios, trabajan ad honorem en alguna institución y, eventualmente, atienden uno o dos pacientes privados, pero que se ganan la vida trabajando en oficinas, haciendo traducciones, ejerciendo la docencia o desgrabando material de sesiones de otros terapeutas.''

La multiplicación de grupos terapéuticos resulta un fenómeno notable en los últimos tiempos. ''Es que la creciente pauperización de las clases medias ha generado una gran desocupación de psicólogos y psicoanalistas'' explica Carlos Samojedny, fundador de la Federación de Psicólogos de la República Argentina. ''Frente a este fenómeno –aclara– se origina una readecuación de la teoría psicoanalítica clásica haciendo lugar a la psicoterapia de grupo de la cual Freud no habló en ningún momento. El psicoanálisis –que es por definición una psicología individualista– llega a un efecto no deseado: comprueba que el problema psíquico vivenciado en la subjetividad personal no es ajeno a lo que sufre el otro''.

El Dr. Gerardo Stein, secretario de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) trabaja en lo que decidió llamar *psicoanálisis compartido.* Esta técnica, según Stein, además de abaratar el costo de las sesiones, tiene sobre el tratamiento individual, dos ventajas estrictamente terapéuticas: el analista que puede escuchar a todos los analizados, recibe una información más rica de cada uno de ellos en la medida en que conoce lo que de ellos opinan otras personas. La segunda ventaja tiene que ver con la interpretación: ''En el análisis individual cuando el analista no entiende qué está pasando tiene que recurrir a la supervisión. En el análisis compartido los supervisores están ahí. Cuando el analista no se da cuenta de algo, generalmente algún paciente lo rescata de su ceguera'', asegura Stein.

Vade retro, institución

Ante la dura realidad económica de la que tampoco escapan los trabajadores del diván, se plantea la posibilidad de encarar el trabajo psicoanalítico a través de instituciones como obras sociales, centros de salud e incluso hospitales.



Pero, este punto, como suelen decir los psicólogos, tiene más de una lectura.

En la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA) el paciente abona un arancel de 17 australes la sesión y al ser atendido en el consultorio del terapeuta elegido presenta el recibo como símbolo del pago. ''Se intenta evitar en el paciente la fantasía de que él no paga porque paga en la institución'', puntualiza Patricia Orr, directora del Departamento de Orientación y Prevención Psicológica de la APBA.

En una elegante casa del barrio de Belgrano funciona la escuela psicoanalítica *Discurso Freudiano.* ''¿Y usted cómo tomó conocimiento de la existencia de esta escuela?'', pregunta la directora, doctora Olga Santesteban antes de comenzar la entrevista. ''Fue a través de mi anterior terapeuta''. ''Es decir que lo suyo es puramente transferencial'', interpreta la doctora haciendo dudosa la elección entre acostarse en el diván o encender el grabador. ''El dinero entra en el inconsciente –explica Olga Santesteban– como una equivalencia más en la economía del deseo. Freud mostró la equivalencia entre el pene, las heces, el hijo, el regalo y el dinero. Uno puede tratar el dinero como trataría cualquiera de esas cosas''. Para esta psicoanalista que se define como freudiano - lacaniana, ''cuando se trabaja por instituciones el analista no tiene el manejo de una parte esencial como es la relación del sujeto con el dinero''.

José Töpf, en cambio, desde su experiencia en centros asistenciales asegura que es posible el tratamiento psicoterapéutico a nivel institucional. ''El único requisito –admite– es una mayor sagacidad del analista para detectar las formas de relación del paciente con el dinero que es menos evidente al no plantearse el tema de los honorarios en los mismos términos que en el tratamiento privado''.

En el Centro de Salud Mental N° 3, Arturo Ameghino, se ofrece atención psicológica gratuita. Los profesionales que allí se desempeñan se integran en dos categorías: los rentados, que conforman un 15 por ciento del total y los concurrentes, quienes prestan servicios sin una retribución en dinero pero cobrando en cursos, supervisiones, grupos de estudio y el prestigio de pertenecer al equipo de la institución. Eduardo Laso trabajó largo tiempo en este centro y admite la posibilidad de tratamientos institucionales gratuitos. Sin embargo, aclara que ''en algún momento la gratuidad se convierte en obstáculo para la terapia, como por ejemplo cuando el paciente desarrolla un amor de transferencia que se ve confirmado por la gratuidad: me analiza porque me ama''. En estas situaciones, en opinión de Eduardo Laso, el tratamiento debe terminar.

Desde el punto de vista de los profesionales que aceptan trabajar a cambio de cursos y un cierto halo de prestigio, ''las instituciones son un lugar de donde se espera obtener pacientes privados'', afirma Laso. A partir de su trabajo de supervisión, Olga Santesteban llega a igual conclusión: ''El propio analista subestima su trabajo por obra social y cae, ineludiblemente, en la fantasía de soñar con el paciente privado.'' La causa de esta actitud de los terapeutas reside, según la profesional, en que el honorario médico es hoy de cuatro australes con ochenta centavos, valores que califica de impensables para cualquier profesional. ''Hubo épocas en que íbamos al hospital cuatro o cinco mañanas por semana –manifiesta Blas de Santos–, pero esas mañanas de trabajo no remunerado se compensaban con tardes muy bien pagas en el consultorio. Hoy las tardes son larguísimas y con pocos pacientes. Así resulta difícil prestar servicios en la asistencia institucional''.

''Las experiencias de atención en instituciones y centros hospitalarios son hasta hoy intentos reparatorios parciales'', sintetiza Carlos Samojedny. ''A quienes no pueden pagar un tratamiento privado, no les queda más que recurrir a estos servicios que cubren sólo parcialmente la atención, ofrecen tratamientos de tiempo limitado y hasta sucede que el terapeuta plantea: aquí no lo puedo atender bien, pero en mi consultorio trabajaríamos mucho mejor''.

Neuróticos y pobres

¿Qué queda, entonces, para quienes reúnen las dos condiciones sine qua non, que los mantiene alejados de la felicidad: ser neuróticos y pobres? Sigmund Freud, desde los libros, se muestra escéptico: ''Se puede deplorar que la terapia analítica resulte casi inasequible a los pobres. Pero ésa es cosa que no tiene gran remedio''. Sin embargo, Freud deja una luz de esperanza al afirmar: ''Los hombres a quienes las duras necesidades de la vida imponen un rudo y constante trabajo, sucumben menos fácilmente a las neurosis''. Pero ésa no es la única ventaja de ser pobre, el padre del psicoanálisis asegura que cuando uno de tales individuos contrae una neurosis, ésta le procura una ventaja patológica secundaria que puede resultar tentadora: ''La neurosis le ayuda a lograr de los demás la compasión que antes no logró de ellos su miseria material, y le permite eximirse a sí mismo de la necesidad de combatir su pobreza por medio del trabajo''.

Para Olga Santesteban el problema de no poder afrontar el costo del tratamiento psicoanalítico tiene una interpretación simbólica: ''Quejarse porque los honorarios son altos es típico de todo sujeto. No hay ningún análisis que escape al hecho de que el analizado no quiera pagar, que pida reducción del número de sesiones. Es que ya lo dijo Lacan –advierte Santesteban– si el neurótico se caracteriza por algo, es por no querer pagar la deuda''.

''La práctica psicoanalítica se inscribe dentro del modelo médico hegemónico imperante en el país que sostiene como premisa la atención privada de los problemas relativos a la salud mental'', sintetiza Carlos Samojedny. Una solución alternativa es la que ofrecen los cuatro centros de salud mental que funcionan en esta Capital con alrededor de 300 profesionales que atienden más de 10.000 consultas anuales. Sin embargo, un decreto de la Secretaría de Salud Pública de la Municipalidad, de febrero de este año, decidió su transformación en centros polivalentes, una suerte de hospitales de día complementarios. Los psicólogos se oponen a este proyecto de convertir el centro de salud en un minihospital porque ni el lugar, ni el presupuesto alcanzan hoy a cubrir las prestaciones específicas del área de la salud mental.

Es una relación edípica, actuó movido por su superyó, su fobia es producto de una culpa no elaborada, son expresiones que escaparon del diván para ganar la calle en esta metrópoli del psicoanálisis que, según José Töpf ''a juzgar por la cantidad de terapeutas y analizados, debería ser una comunidad más sagaz, más ética y con una adecuada resolución de sus problemas sociales''.

UN TERAPEUTA POR CADA 500 HABITANTES

''Si los psicólogos de todo el país entraran en huelga por tiempo indefinido, de la comunidad no surgiría ninguna voz de protesta, salvo de muy pequeños sectores de clase media-alta y alta de algunas pocas ciudades del país y esto, a condición de que el paro abarcara también los consultorios privados'', manifiesta Enrique Saforcada en un trabajo expuesto en el 7° Congreso Argentino de Psicología en la ciudad de Córdoba y publicado en *Gaceta Psicológica* de enero-marzo de 1987.

En el polémico artículo, Saforcada destaca que la cantidad de psicólogos con que cuenta la Argentina, 60.000 profesionales, constituye un caso único en el mundo. Esto implica una relación de un psicoterapeuta cada 500 habitates. ''Pero esta relación es teórica –se apresura a aclarar– ya que la mayoría de los psicólogos está concentrada en los principales centros urbanos del país, lo cual lleva a proporciones que disminuyen aún más el denominador. En cuanto a la labor desarrollada por estos profesionales, ''la gran mayoría se ha encaminado a la práctica del psicoanálisis centrada en el consultorio privado''. El camino seguido ha sido tan errado que el resultado de treinta años de lanzar a la comunidad profesionales de la salud mental, de a miles, ha sido paradójico: por una parte una mono-orientación hacia la cura y por otra la totalidad de la clase obrera y los sectores marginales de la sociedad sin posibilidades terapéuticas'', concluye Saforcada.

Entre los factores que mantienen esta profesión en la situación descripta, el autor destaca ''el sistema comercial organizado por una enorme masa de terapeutas en torno al psicoanálisis y que ha puesto a las carreras de psicología a su servicio''. Tras describir a la Facultad de piscología como ''un mercado persa con sus paredes tapizadas de avisos comerciales ofreciendo asistencia psicológica, docencia e investigación''. Enrique Saforcada denuncia que algunos psicoterapeutas lograron organizar ''un sistema de forma piramidal con niveles de precio –horarios– crecientes de la base a la cúspide y que funciona a expensas de la captacion de los estudiantes de psicología y de los recién egresados tomándolos como pacientes, como alumnos en grupos de estudio y luego, también, para controlar su trabajo''.

Para demostrar la verosimilitud de sus afirmaciones, Saforcada cita los resultados de la ''Encuesta a los estudiantes de la Facultad 1985'', realizada por la Dirección de Docencia de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, a cargo de la Lic. Rosalía Schneider. Esta encuesta muestra que el 50% de los estudiantes que ingresaron en 1985 a la Facultad de Psicología, estaban en tratamiento psicoterapéutico. Ese porcentaje se elevaba al 71% al tomar en cuenta el total de estudiantes activos en 1985 en dicha Facultad. Utilizando como variable de cruce de la encuesta la cantidad de materias cursadas, es decir, el avance en la carrera, se observaba que de los alumnos con menos de 5 materias, estaban en psicoterapia el 68%, y entre los que están próximos a recibirse el porcentaje alcanzaba el 85%.

MEXICO-USA

EXPRESO DE MEDIANOCHE

Por Miguel Bonasso, desde México

Miguel caminó ansioso en la noche por las solitarias calles de Pabellón de Arteaga, en busca del hotel Hidalgo, donde iba a encontrarse con ''El Mosco''. No sabía entonces, cuando llegó a las puertas del viejo edificio de paredes cuarteadas, que ''El Mosco'' y él afrontarían, horas después, una cita con el infierno.

Iba ansioso, contento, en pos de los verdes papelitos con la efigie de Benjamin Franklin, que tantas veces había ido a buscar ''del otro lado'', ''porque aquí no hay trabajo, está escaso, es mal pagado y ni pa' donde hacerse''.

Ya había viajado seis veces a Texas. Guiado por los ''polleros'', los ''coyotes'' como ''El Mosco'' que saben como hacerle para eludir a los de la Border Patrol (patrulla fronteriza). Los ''polleros'' que te ''enganchan'' para un trabajo y te saben meter en las entrañas del monstruo.

El lunes 29 de junio subió al tren con varios muchachos del pueblo. Y los 9 de Aguascalientes se juntaron con otros 10 de Zacatecas.

Miguel Tostado Rodríguez, de 24 años, era uno de los mayores. Había también ''chavos'' de 18 años. Y todos iban contentos. Esperanzados, a pesar de dejar atrás mujeres, hijos pequeños, padres y abuelos. La parentela y el terruño.

Miguel pensó en sus hermanos mayores que supieron buscarse la vida en Dallas. A ellos acudiría para que le prestaran los 400 dólares que exigía el ''coyote''.

Uno de los braceros comentó que viajaba para levantar las paredes de su casa en Pabellón de Arteaga. La primera vez que regresó de Estados Unidos trajo para el terreno y la segunda para los cimientos.

Otro escribió en su diario: ''Ni siquiera dije adiós a mis amigos, ni a mis abuelos, ni a mis padres. Texas es Texas, muy grande y extensa, pero cabe toda dentro de mi corazón''.

Y llegaron a Texas. En El Paso, otro experimentado ''pollero'', otro contrabandista de hombres, a quien conocían como el ''Chapulín'' (el saltamontes), los metió en un vagón de carga del ferrocarril Missouri-Pacific, que lleva fruta a Fort Wort, Dallas.

El ''Chapulín'' les dijo que iba a cerrar la puerta del vagón para que los temidos tipos de la ''Migra'' no advirtieran nada.

Ellos aceptaron, como siempre, porque no se suele discutir lo que dice el ''coyote''. Pasivos y mansos observaron las dos varillas de hierro que les dejó en el piso para abrir la puerta cuando llegaran a Dallas y se dejaron encerrar. Encerrar de modo total, hermético.

El tren marchó y al principio no pasó nada. Pero a las cuatro horas la temperatura del vagón rondaba los cincuenta grados centígrados y el aire se fue haciendo angustiosamente escaso. Con la boca seca y los ojos desorbitados, entendieron que estaban en una trampa mortal. Vanos fueron los intentos de forzar la puerta o tratar de abrir un boquete. Algunos se rompieron los dedos tratando de cavar agujeros en el suelo o en las paredes. En esos minutos eternos se alcanzó el delirio y empezaron a golpearse, llorando y maldiciendo, los unos a los otros. Con un clavo Miguel comenzó a perforar un agujero en el piso, pero ya era tarde. Les pidió ayuda a sus compañeros para agrandarlo. Pero ya no tenían fuerzas. Algunos se arrastraron hasta la pequeña perforación para turnarse en la insólita tarea de respirar, pero se fueron quedando entre convulsiones. Sólo Miguel, concentrado en vivir y chupar la mínima ración de oxígeno, pudo sobrepasar las 14 horas eternas y mirar enloquecido cómo al final, en una revisión de rutina, los de la Border Patrol abrían el vagón. Lo vieron así, exhausto y gimiente, rodeado por 18 cadáveres. Las paredes y el suelo llenas de huellas sangrientas.

El episodio de los 19 emigrantes ilegales conmocionó a México, pero no desalentó a otros jornaleros.

Cuatro días después de la tragedia, el 6 de julio pasado, William G. Harrington, subjefe de la patrulla fronteriza en El Paso, informaba que más de cien indocumentados habían sido arrestados ese día en distintos patios de carga ferroviarios.

Los cadáveres todavía seguían en Texas, esperando trámites para su repatriación y Miguel Tostado Rodríguez, el único sobreviviente del infierno, era retenido como testigo.

La contundencia dramática del episodio hizo que otro hecho pasara bastante desapercibido en los diarios: las hermanas Esmeralda y Leticia Vázquez, de 16 y 18 años, que habían contratado al ''patero'' Emilio Cruz Trejo para que las pasara al ''otro lado del río Bravo'' fueron atacadas a balazos al llegar a Texas. Esmeralda murió, Leticia se encuentra muy grave y el ''patero'' Emilio que sólo fue levemente herido deberá comparecer ante los tribunales norteamericanos acusado de ''introducir ilegales''. Hay pocas mujeres entre los indocumentados, solamente un 1,8 por ciento. Pero pagan un costo terrible: el 50 por ciento de las que pasan son violadas y asesinadas.

Con razón o sin ella, no se sabe, los familiares de los jóvenes que murieron asfixiados en el vagón acusaron a la Border Patrol de haberlos dejado encerrados deliberadamente, ''para producir un escarmiento que frene la entrada de ilegales''.

Puede que en este caso no sea cierto y se trata de un error del ''coyote que los encerró'', pero hay cientos de denuncias que atestiguan la ferocidad de la Border y el racismo de los cazadores de ''espaldas mojadas''. El país que succiona mano de obra barata para las cosechas del sur, no se caracteriza por respetar los derechos humanos de los indocumentados.

Y sin embargo, acuciados por la miseria y el desempleo, a despecho de la ley de emigración Simpson-Rodino y de las sórdidas y siniestras peripecias que les aguardan, miles de muchachos como Miguel siguen cruzando día a día la frontera, en un éxodo silencioso y clandestino en el que se alcanza a distinguir el oscuro fluido de las venas abiertas de América latina.



Miguel Tostado Rodríguez, 24 años: el único que sobrevivió a la cita con el infierno.

UN TERAPEUTA POR CADA 500 HABITANTES

a la comunidad profesionales de la salud mental, de a miles, ha sido paradójico: por una parte una mono-orientación hacia la cura y por otra la totalidad de la clase obrera y los sectores marginales de la sociedad sin posibilidades terapéuticas'', concluye Saforcada.

Entre los factores que mantienen esta profesión en la situación descripta, el autor destaca ''el sistema comercial organizado por una enorme masa de terapeutas en torno al psicoanálisis y que ha puesto a las carreras de psicología a su servicio''. Tras describir a la Facultad de psicología como ''un mercado persa con sus paredes tapizadas de avisos comerciales ofreciendo asistencia psicológica, docencia e investigación''. Enrique Saforcada denuncia que algunos psicoterapeutas lograron organizar ''un sistema de forma piramidal con niveles de precio –horarios– crecientes de la base a la cúspide y que funciona a expensas de la captacion de los estudiantes de psicología y de los recién egresados tomándolos como pacientes, como alumnos en grupos de estudio y luego, también, para controlar su trabajo''.

Para demostrar la verosimilitud de sus afirmaciones, Saforcada cita los resultados de la ''Encuesta a los estudiantes de la Facultad 1985'', realizada por la Dirección de Docencia de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, a cargo de la Lic. Rosalía Schneider. Esta encuesta muestra que el 50% de los estudiantes que ingresaron en 1985 a la Facultad de Psicología, estaban en tratamiento psicoterapéutico. Ese porcentaje se elevaba al 71% al tomar en cuenta el total de estudiantes activos en 1985 en dicha Facultad. Utilizando como variable de cruce de la encuesta la cantidad de materias cursadas, es decir, el avance en la carrera, se observaba que de los alumnos con menos de 5 materias, estaban en psicoterapia el 68%, y entre los que están próximos a recibirse el porcentaje alcanzaba el 85%.

Pero, este punto, como suelen decir los psicólogos, tiene más de una lectura.

En la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA) el paciente abona un arancel de 7 australes la sesión y al ser atendido en el consultorio del terapeuta elegido presenta el recibo como símbolo del pago. ''Se intenta evitar en el paciente la fantasía de que él no paga porque paga en la institución'', puntualiza Patricia Orr, directora del Departamento de Orientación y Prevención Psicológica de la APBA.

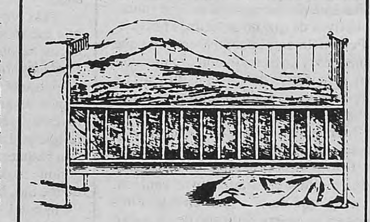
En una elegante casa del barrio de Belgrano funciona la escuela psicoanalítica *Discurso Freudiano*. ''¿Y usted cómo tomó conocimiento de la existencia de esta escuela?'', pregunta la directora, doctora Olga Santesteban antes de comenzar la entrevista. ''Fue a través de mi anterior terapeuta''. ''Es decir que lo suyo es puramente transferencial'', interpreta la doctora haciendo dudosa la elección entre acostarse en el diván o encender el grabador. ''El dinero entra en el inconsciente –explica Olga Santesteban– como una equivalencia más en la economía del deseo. Freud mostró la equivalencia entre el pene, las heces, el hijo, el regalo y el dinero. Uno puede tratar el dinero como trataría cualquiera de esas cosas''. Para esta psicoanalista que se define como freudiano - lacaniana, cuando se trabaja por instituciones el analista no tiene el manejo de una parte esencial como la relación del sujeto con el dinero''.

José Töpf, en cambio, desde su experiencia en centros asistenciales asegura que es posible el tratamiento psicoterapéutico a nivel institucional. ''El único requisito –admite– es una mayor sagacidad del analista para detectar las formas de relación del paciente con el dinero que es menos evidente al no plantearse el tema de los honorarios en los mismos términos que en el tratamiento privado''.

En el Centro de Salud Mental Nº 3, Arturo Ameghino, se ofrece atención psicológica gratuita. Los profesionales que allí se desempeñan se integran en dos categorías: los rentados, que conforman un 15 por ciento del total y los concurrentes, quienes prestan servicios sin una retribución en dinero pero cobrando en cursos, supervisiones, grupos de estudio y el prestigio de pertenecer al equipo de la institución. Eduardo Laso trabajó largo tiempo en este centro y admite la posibilidad de tratamientos institucionales gratuitos. Sin embargo, aclara que ''en algún momento la gratuidad se convierte en obstáculo para la terapia, como por ejemplo cuando el paciente desarrolla un amor de transferencia que se ve confirmado por la gratuidad: me analiza porque me ama''. En estas situaciones, en opinión de Eduardo Laso, el tratamiento debe terminar.

Desde el punto de vista de los profesionales que aceptan trabajar a cambio de cursos y un cierto halo de prestigio, ''las instituciones son un lugar de donde se espera obtener pacientes privados'', afirma Laso. A partir de su trabajo de supervisión, Olga Santesteban llega a igual conclusión: ''El propio analista subestima su trabajo por obra social y cae, ineludiblemente, en la fantasía de soñar con el paciente privado.'' La causa de esta actitud de los terapeutas reside, según la profesional, en que el honorario médico es hoy de cuatro australes con ochenta centavos, valores que califica de impensables para cualquier profesional. ''Hubo épocas en que íbamos al hospital cuatro o cinco mañanas por semana –manifiesta Blas de Santos–, pero esas mañanas de trabajo no remunerado se compensaban con tardes muy bien pagas en el consultorio. Hoy las tardes son larguísimas y con pocos pacientes. Así resulta difícil prestar servicios en la asistencia institucional''.

''Las experiencias de atención en instituciones y centros hospitalarios son hasta hoy intentos reparatorios parciales'', sintetiza Carlos Samojedny. ''A quienes no pueden pagar un tratamiento privado, no les queda más que recurrir a estos servicios que cubren sólo parcialmente la atención, ofrecen tratamientos de tiempo limitado y hasta sucede que el terapeuta plantea: aquí no lo puedo atender bien, pero en mi consultorio trabajaríamos mucho mejor''.



Neuróticos y pobres

¿Qué queda, entonces, para quienes reúnen las dos condiciones sine qua non, que los mantiene alejados de la felicidad: ser neuróticos y pobres? Sigmund Freud, desde los libros, se muestra escéptico: ''Se puede deplorar que la terapia analítica resulte casi inasequible a los pobres. Pero ésa es cosa que no tiene gran remedio''. Sin embargo, Freud deja una luz de esperanza al afirmar: ''Los hombres a quienes las duras necesidades de la vida imponen un rudo y constante trabajo, sucumben menos fácilmente a las neurosis''. Pero ésa no es la única ventaja de ser pobre, el padre del psicoanálisis asegura que cuando uno de tales individuos contrae una neurosis, ésta le procura una ventaja patológica secundaria que puede resultar tentadora: ''La neurosis le ayuda a lograr de los demás la compasión que antes no logró de ellos su miseria material, y le permite eximirse a sí mismo de la necesidad de combatir su pobreza por medio del trabajo''.

Para Olga Santesteban el problema de no poder afrontar el costo del tratamiento psicoanalítico tiene una interpretación simbólica: ''Quejarse porque los honorarios son altos es típico de todo sujeto. No hay ningún análisis que escape al hecho de que el analizado no quiera pagar, que pida reducción del número de sesiones. Es que ya lo dijo Lacan –advierte Santesteban– si el neurótico se caracteriza por algo, es por no querer pagar la deuda''.

''La práctica psicoanalítica se inscribe dentro del modelo médico hegemónico imperante en el país que sostiene como premisa la atención privada de los problemas relativos a la salud mental'', sintetiza Carlos Samojedny. Una solución alternativa es la que ofrecen los cuatro centros de salud mental que funcionan en esta Capital con alrededor de 300 profesionales que atienden más de 10.000 consultas anuales. Sin embargo, un decreto de la Secretaría de Salud Pública de la Municipalidad, de febrero de este año, decidió su transformación en centros polivalentes, una suerte de hospitales de día complementarios. Los psicólogos se oponen a este proyecto de convertir el centro de salud en un minihospital porque ni el lugar, ni el presupuesto alcanzan hoy a cubrir las prestaciones específicas del área de la salud mental.

Es una relación edípica, actuó movido por su superyó, su fobia es producto de una culpa no elaborada, son expresiones que escaparon del diván para ganar la calle en esta metrópoli del psicoanálisis que, según José Töpf ''a juzgar por la cantidad de terapeutas y analizados, debería ser una comunidad más sagaz, más ética y con una adecuada resolución de sus problemas sociales''.

MEXICO-USA

EXPRESO DE MEDIANOCHE

Por Miguel Bonasso, desde México

Miguel caminó ansioso en la noche por las solitarias calles de Pabellón de Arteaga, en busca del hotel Hidalgo, donde iba a encontrarse con ''El Mosco''. No sabía entonces, cuando llegó a las puertas del viejo edificio de paredes cuarteadas, que ''El Mosco'' y él afrontarían, horas después, una cita con el infierno.

Iba ansioso, contento, en pos de los verdes papelitos con la efigie de Benjamin Franklin, que tantas veces había ido a buscar ''del otro lado'', ''porque aquí no hay trabajo, está escaso, es mal pagado y ni pa' donde hacerse''.

Ya había viajado seis veces a Texas. Guiado por los ''polleros'', los ''coyotes'' como ''El Mosco'' que saben como hacerle para eludir a los de la Border Patrol (patrulla fronteriza). Los ''polleros'' que te ''enganchan'' para un trabajo y te saben meter en las entrañas del monstruo.

El lunes 29 de junio subió al tren con varios muchachos del pueblo. Y los 9 de Aguascalientes se juntaron con otros 10 de Zacatecas.

Miguel Tostado Rodríguez, de 24 años, era uno de los mayores. Había también ''chavos'' de 18 años. Y todos iban contentos. Esperanzados, a pesar de dejar atrás mujeres, hijos pequeños, padres y abuelos. La parentela y el terruño.

Miguel pensó en sus hermanos mayores que supieron buscarse la vida en Dallas. A ellos acudiría para que le prestaran los 400 dólares que exigía el ''coyote''.

Uno de los braceros comentó que viajaba para levantar las paredes de su casa en Pabellón de Arteaga. La primera vez que regresó de Estados Unidos trajo para el terreno y la segunda para los cimientos.

Otro escribió en su diario: ''Ni siquiera dije adiós a mis amigos, ni a mis abuelos, ni a mis padres. Texas es Texas, muy grande y extensa, pero cabe toda dentro de mi corazón''.

Y llegaron a Texas. En El Paso, otro experimentado ''pollero'', otro contrabandista de hombres, a quien conocían como el ''Chapulín'' (el saltamontes), los metió en un vagón de carga del ferrocarril Missouri-Pacific, que lleva fruta a Fort Wort, Dallas.

El ''Chapulín'' les dijo que iba a cerrar la puerta del vagón para que los temidos tipos de la ''Migra'' no advirtieran nada.

Ellos aceptaron, como siempre, porque no se suele discutir lo que dice el ''coyote''. Pasivos y mansos observaron las dos varillas de hierro que les dejó en el piso para abrir la puerta cuando llegaran a Dallas y se dejaron encerrar. Encerrar de modo total, hermético.

El tren marchó y al principio no pasó nada. Pero a las cuatro horas la temperatura del vagón rondaba los cincuenta grados centígrados y el aire se fue haciendo angustiosamente escaso. Con la boca seca y los ojos desorbitados, entendieron que estaban en una trampa mortal. Vanos fueron los intentos de forzar la puerta o tratar de abrir un boquete. Algunos se rompieron los dedos tratando de cavar agujeros en el suelo o en las paredes. En esos minutos eternos se alcanzó el delirio y empezaron a golpearse, llorando y maldiciendo, los unos a los otros. Con un clavo Miguel comenzó a perforar un agujero en el piso, pero ya era tarde. Les pidió ayuda a sus compañeros para agrandarlo. Pero ya no tenían fuerzas. Algunos se arrastraron hasta la pequeña perforación para turnarse en la insólita tarea de respirar, pero se fueron quedando entre convulsiones. Sólo Miguel, concentrado en vivir y chupar la mínima ración de oxígeno, pudo sobrepasar las 14 horas eternas y mirar enloquecido cómo al final, en una revisión de rutina, los de la Border Patrol abrían el vagón. Lo vieron así, exhausto y gimiente, rodeado por 18 cadáveres. Las paredes y el suelo llenas de huellas sangrientas.

El episodio de los 19 emigrantes ilegales conmocionó a México, pero no desalentó a otros jornaleros.

Cuatro días después de la tragedia, el 6 de julio pasado, William G. Harrington, subjefe de la patrulla fronteriza en El Paso, informaba que más de cien indocumentados habían sido arrestados ese día en distintos patios de carga ferroviarios.

Los cadáveres todavía seguían en Texas, esperando trámites para su repatriación y Miguel Tostado Rodríguez, el único sobreviviente del infierno, era retenido como testigo.

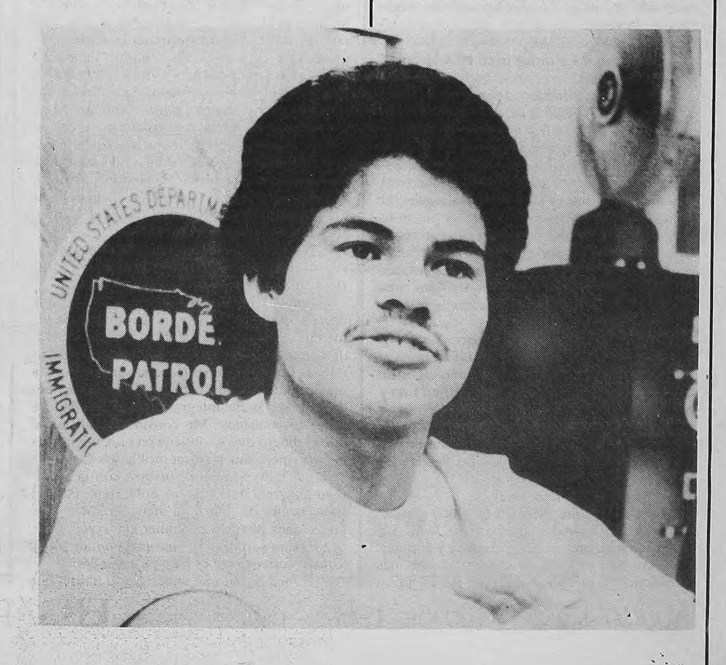
La contundencia dramática del episodio hizo que otro hecho pasara bastante desapercibido en los diarios: las hermanas Esmeralda y Leticia Vázquez, de 16 y 18 años, que habían contratado al ''patero'' Emilio Cruz Trejo para que las pasara al ''otro lado del río Bravo'' fueron atacadas a balazos al llegar a Texas. Esmeralda murió, Leticia se encuentra muy grave y el ''patero'' Emilio que sólo fue levemente herido deberá comparecer ante los tribunales norteamericanos acusado de ''introducir ilegales''. Hay pocas mujeres entre los indocumentados, solamente un 1,8 por ciento. Pero pagan un costo terrible: el 50 por ciento de las que pasan son violadas y asesinadas.

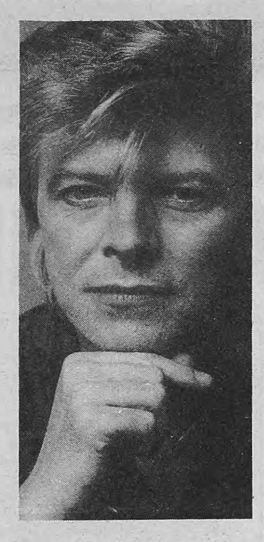
Con razón o sin ella, no se sabe, los familiares de los jóvenes que murieron asfixiados en el vagón acusaron a la Border Patrol de haberlos dejado encerrados deliberadamente, ''para producir un escarmiento que frene la entrada de ilegales''.

Puede que en este caso no sea cierto y se trata de un error del ''coyote que los encerró'', pero hay cientos de denuncias que atestiguan la ferocidad de la Border y el racismo de los cazadores de ''espaldas mojadas''. El país que succiona mano de obra barata para las cosechas del sur, no se caracteriza por respetar los derechos humanos de los indocumentados.

Y sin embargo, acuciados por la miseria y el desempleo, a despecho de la ley de emigración Simpson-Rodino y de las sórdidas y siniestras peripecias que les aguardan, miles de muchachos como Miguel siguen cruzando día a día la frontera, en un éxodo silencioso y clandestino en el que se alcanza a distinguir el oscuro fluido de las venas abiertas de América latina.

Miguel Tostado Rodríguez, 24 años: el único que sobrevivió a la cita con el infierno.





DAVID BOWIE

Texto: Diego A. Manrique
Fotos: Bernardo Pérez/Keystone-Nemes

Una perfecta dentadura. Como el Gato de Cheshire, que Alicia encontró en su recorrido por el País de las Maravillas, David Bowie deja flotando su sonrisa después de cada respuesta. Una táctica hábil: inmoviliza al entrevistador con esa risueña mueca y una mirada pegajosa. El ojo derecho es azul, mientras que el izquierdo parece gris, con una pupila dilatada a perpetuidad. No es asunto de brujería: una pelea con un amigo del colegio, por una cuestión de faldas, le dejó esa peculiaridad. Animado y cordial, responde incluso a preguntas prohibidas –"nada de cuestiones sobre su vida privada", me han advertido– con la maestría de alguien que se sabe codiciado por los medios y cree poder controlar el viejo juego de dar contestaciones aparentemente reveladoras sin abrir puertas secretas.

El hombre domina el arte de las relaciones públicas. En un momento delicado de su carrera musical ha sabido congraciarse con la prensa europea al recorrer diferentes capitales anunciando su nueva tanda de conciertos, la Gira de la Araña de Cristal. En todas las paradas ha presentado a su grupo de acompañamiento y, en insólita muestra de generosidad, ha tocado un par de números como propina de tumultuosas conferencias de prensa.

–Me gustaría saber cómo se logra el anonimato cuando se tiene su tipo de fama.

–Lo primero es no avisar a la prensa (risas). En realidad, es cuestión de actitud mental. Yo quiero llevar una vida normal, y bajo a las ciudades cuando me apetece comer en restaurante o ir al teatro. Es algo totalmente necesario. De otro modo terminas convertido en Elvis Presley, Michael Jackson o Prince. Un recluso encerrado en cuatro paredes lujosas, sin *feedback* de la gente.

–No es algo saludable.

–Desde luego. Lo probé hace 10 ó 15 años, ¡Y fue asqueroso!

Se refiere a un tormentoso período de su vida en Los Angeles. Rachas de ocho días sin dormir, a base de cocaína y delirios como los flirteos con la magia negra. Una existencia crepuscular que le convirtió en una parodia demacrada de *rock star*, capaz de afirmar con total seriedad, a su retorno al país natal, que "el Reino Unido necesita un dictador, y yo no lo haría mal". Por aquel tiempo visitó a un semidesconocido Bruce Springsteen en el estudio, y el aterrado norteamericano estuvo a punto de escapar corriendo. Las obligaciones familiares le rescataron del borde del abismo justo a tiempo.

–Me separé de Angie, mi mujer. Y me correspondió la custodia de nuestro hijo. Fue hace 10 años. Esa responsabilidad cambió mi estilo de vida. Me trasladé a Berlín con Brian Eno y aquello fue mi terapia. Ahora tengo que pensar por dos personas, debo ser muy cuidadoso y considerar su futuro. Cuando sólo pensaba en mí mismo llevaba una vida muy arriesgada y las cosas se pusieron muy peligrosas.

–¿Cuántos años tiene Joey?

–Quince para dieciséis. Es un chico grande, ¡ya está dejándome pequeño a su lado! Un chico muy atlético, le gusta el rugby y el esquí. Pero también es buen estudiante. Mucho más académico y metódico que yo. Es un joven perfectamente normal, como cualquiera de su edad.

Lo anuncia con rotundidad. En su familia hay una larga tradición de enfermedades mentales y es éste un fantasma demasiado preocupante para un padre modelo.

También se apresura a disipar cualquier sospecha de vida heterodoxa ("no soy ni homosexual ni bisexual"), y asegura ser un divorciado feliz de no tener ataduras, "como los marineros, un amor en cada puerto". Una decepción para los que gustaban de considerarle el paradigma de no sé qué decadencia, para esa sección de seguidores que ahora manifiestan sentirse decepcionados ante una supuesta traición a su concepto de renovación permanente y en punta.

–Parece que el nombre de David Bowie ya no es una garantía de comercialidad; al menos, sus últimos tres trabajos para bandas sonoras han vendido por debajo de lo esperado. ¿Es consciente de que existe una cierta hostilidad hacia su persona?

–Sí, naturalmente. Pero esas posturas nunca me han afectado. Siempre he trabajado para mí mismo, no para la audiencia. Si me gusta lo que hago, presumo que algunas personas lo apreciarán. Muchas o pocas, eso no me importa. Mientras yo disfrute creando seré feliz.

–Eso no coincide con la impresión de que últimamente descuida la música, ya que lo que le interesa de verdad es el cine.

–Me gustaría ser claro en esto: la música es y será siempre lo primero. Pero esa prioridad no me impide plantearme el paso al cine. He estado a las órdenes de buenos realizadores, gente como Nagisa Oshima o Nicholas Roeg, y he aprendido. Lo próximo es dirigir mi propia película. Tengo un par de guiones propios, de los cuales no debo comentar mucho por razones obvias. Uno de ellos está siendo desarrollado con ayuda de un amigo; en cuanto terminemos habrá que considerar cuándo y con quién lo filmamos.

Por el momento, el cantante se conforma con tomar una activa participación en el proceso de realizar sus videos promocionales, que concibe en detallados *storyboards* antes de ponerse en manos de expertos en el tema.

–En sus últimos clips abundan las críticas al racismo, a la violencia institucional, a la explotación. Supongo que no es una coincidencia...

–¡No, no, no! Es algo totalmente deliberado. Mi razonamiento es que si cuentas con cuatro minutos gratuitos en las televisiones del mundo, debes usarlos para algo valioso, decir algo contundente que cause impresión cada vez que se vea. La verdad es que los videoclips son actualmente algo odioso que no se distingue demasiado del resto de la programación televisiva; yo sólo veo los noticieros y los documentales. Desgraciadamente, los videos de hoy son muy malos, sólo pretenden reflejar la última moda con imágenes muy bonitas. ¡Es tan vulgar...! Yo quiero que mis videos no pasen inadvertidos, que mantengan la misma fuerza de mis canciones. Así que escribo los guiones con el mismo cuidado que pongo en escribir letras. Ya sé que eso me puede colocar en una situación incómoda: me acabo de enterar de que la BBC ha vetado el video que hicimos para *Day in, day out*. Dicen que hay demasiado sexo y violencia...

–Hay quien duda de que el rock sea un medio adecuado para transmitir mensajes.

–¿Mensajes de crítica social? ¡Pero si el rock es una de las pocas artes auténticamente vivas! Refleja la vida de las gentes, es un medio popuIista. Mucho más que la pintura, la escultura o, incluso, el teatro. Sólo el cine puede competir en eso de cambiar la forma en que piensa la gente sobre determinados asuntos. Piense en los años sesenta, cuando el rock y el soul se unieron al movimiento por los derechos civiles de los negros. Luego, gente como los MC5 recondujeron la lucha a otros campos: el rock alteró nuestra visión de la guerra de Vietnam. En los setenta, el punk denunció las condiciones económicas de la recesión europea. Ahora, Live Aid ha dirigido la atención hacia el hambre en Africa. El rock contribuye al cambio social y eso me enorgullece.

–¿No está perdiendo fuerza esa voluntad testimonial con tantos discos y recitales benéficos?

–Hum... Creo que aquí viene bien eso que decía McLuhan del mensaje y el masaje de los medios. Cuando el rock se hizo accesible, invadiendo la radio y la televisión, cambió su naturaleza. En este momento tiene sentido usar la música para difundir comentarios sociales, eso debería ser parte integral de la actividad de todos los músicos. Me considero realista: sé que el dinero que se obtiene en esas iniciativas no sirve para mucho, son problemas tan enormes que sólo podrían resolverse con la actuación conjunta de todos los gobiernos. Pero el mero hecho de llamar la atención sobre esas situaciones justifica cualquier esfuerzo.

–Es una sorpresa encontrarse con un David Bowie activista. O al menos, nada cínico.

–¡Nunca he sido un cínico, es lo último que se me puede llamar! Nunca, nunca lo he sido... Bueno, cuando era joven, tal vez lo era un poco. Claro que no sé si se puede decir que todos los jóvenes son cínicos. Aunque fuera así, tengo 40 años y ya no sería cínico del mismo modo. Sólo me siento cínico respecto a las autoridades, y eso no es nuevo en mí. Pero nunca he manifestado cinismo respecto a las injusticias, las privaciones de los que no tienen nada. ¡No puedes serlo!

–¿Usa su derecho al voto?

–¡No me dejan votar en Suiza! Si tuviera que hacerlo en el Reino Unido, sería difícil. Desde luego, nunca votaría conservador: el gobierno de Thatcher es el fin del país. Por otro lado, los laboristas se han fragmentado en varias tendencias y no sabes a quién estás votando.

David Bowie, modelo 87, resulta asombrosamente razonable. No tiene inconveniente en reconocer que su nuevo disco grande, *Never let me down*, está influido por los vientos que soplan hacia el rock de los sesenta: "Es la música de mis orígenes, y resulta vivificante volver a las fuentes, a las guitarras eléctricas. A diferencia de mi elepé anterior, he compuesto prácticamente todo y no es casual que haya partes que suenan a John Lennon o Smokey Robinson".

–¿Por qué vuelve a los escenarios un hombre maduro que no necesita estos sobresaltos?

–¡Ja! Es una forma curiosa de plantearme el tema; habitualmente, me acribillan a preguntas sobre los motivos de que no actúe más frecuentemente. Personalmente, puedo asegurarle que no hago una gira si no es realmente, realmente, excitante la perspectiva de volver al directo. La anterior, la *Serious moonlight tour*, fue fantástica, llevaba cinco años sin tocar. Pero terminas y te dices "nunca más". Luego, al año siguiente, ves cosas en la televisión o en la calle y piensas: "Esto podría funcionar en el escenario, sería maravilloso encajarlo con tal canción, acoplarlo a ver qué pasa". Así, en dos o tres años, tienes en la cabeza el diseño de un nuevo espectáculo y, de repente, "sería fabuloso volver a las tablas". Y ya está. Así funciono yo, apuesto a que, cuando termine el recorrido, anunciaré que en la vida lo repetiré.

–¿Le afecta ese famoso miedo al escenario?

–¡Jamás! Excepto en los 15 minutos anteriores al comienzo. En esos momentos me siento mal, me duele todo. Pero cuando se abren las cortinas, todo se olvida, estoy como en casa.

–Aparte del económico, ¿qué sentido tiene tocar en estadios de fútbol? No parece que haya mucha posibilidad para una comunicación genuina.

–Te acostumbras. La última gira comenzó en el US Festival californiano, ante 300.000 espectadores. Nunca había hecho nada parecido y pensé que no sobreviviría. ¡Era una sensación tan extraña...! Luego aprendes a entender las claves de los grandes recintos y terminas dominándolos. Puedo tocar en cualquier lugar y sentirme confortable.

También parece cómodo ahora, vestido de *teddy boy* fino, con flequillo dócil y semblante radiante. Tal vez ya no sea capaz de dar nuevos golpes de timón al fragmentado buque del rock, pero da la extraña sensación de ser un novato apasionado por su primera gira importante. En realidad, es un joven urbano y profesional que tiene el reto de defender un ilustre pasado ante masas devotas. No es una aventura de gran riesgo.

–¿Qué le motiva a estas alturas?

–El vivir. Todavía considero emocionante la vida. Me despierto por las mañanas y pienso: "¿Qué me traerá este nuevo día"? Es un privilegio poder expresar lo que siento y lo que veo a lo largo de una jornada. Me excita poder hacerlo como actor, como compositor o como cantante. Todavía hay en mí la necesidad de ser artista. Cuando se acabe ese deseo yo pararé. Si intentas prolongar la creatividad sin esa fascinación, te engañas: estás definitivamente acabado.

–¿Ha previsto lo que ocurrirá cuando le llegue ese momento de la verdad? Muchos creadores se autodestruyen o se refugian en las verdades simples de cualquier tipo de religión.

–Uh, uh. No sé si eso se aplicará a mi caso. Supongo que tengo necesidades religiosas, pero estoy seguro de que no soy una persona religiosa. La única vez que he sentido que tenía una respuesta respecto a cuestiones religiosas, aunque mejor sería decir espirituales, fue cuando me hice budista. Claro que eso es muy típico de la edad joven. Yo sólo fui budista durante algo así como 15 minutos, pero bastante de esa filosofía ha quedado dentro de mí. Por ejemplo, el concepto de lo transitorio, el saber que no debes aferrarte a nada, la actitud respecto a las cosas materiales. Lo único que te puede mantener a lo largo de los años es el sentimiento de compasión por los seres humanos. Ese es el único foco espiritual de mi vida. Respecto al cristianismo..., ya sé lo que está mirando: la cruz que llevo al cuello. ¿Debo explicarlo? La tuve desde pequeño, me he habituado a ella y me encontraría mal si me la quitara.

